

J. JANER MENDÍA
BIBLIOGRAFÍA

Programa Graduado de Demografía
UPR
Ciencias Médicas

LA EXPLOSION POBLACIONAL: NATURALEZA E
IMPLICACIONES DE UNA GRAVE AMENAZA CONTEMPORANEA

por

José L. Janer

Trabajo leído en la Vigésimo Tercera Convención Anual
de la Asociación de Salud Pública celebrada en San Juan
de Puerto Rico durante los días del 5 al 7 de febrero de 1964

DEDICATORIA

La explosión poblacional ha sido ampliamente reconocida como quizás la más grave de todas las amenazas de nuestros tiempos a la plena realización de las más nobles y legítimas aspiraciones del ser humano. Su peligro radica tanto en su causa como en sus efectos. Dos cosas se conocen con absoluta certeza sobre ella: que nace de la ignorancia y se nutre de la hipocresía.

Es por eso que he decidido dedicar esta sencilla explicación de lo que es y significa la explosión poblacional principalmente a dos grupos de individuos: a los que en su ignorancia continúan engendrándola, y a los que bien conscientes de su existencia, causa y efectos se dedican a alimentarla con su hipocresía desde el mismo seno de hogares que deliberada y efectivamente han sabido proteger de sus peligrosas consecuencias mediante el uso de los mismos conocimientos y métodos que tan obstinadamente se esfuerzan por impedir que se pongan al alcance también de los hogares económicamente menos afortunados y que con mucha más urgencia los necesitan, aduciendo a veces para ello las más peregrinas razones.

¿Qué quienes son estos últimos individuos? Tan sólo sus respectivas conciencias podrían delatarlos. Pero, desgraciadamente, la conciencia humana la mayor de las veces no es más que un mudo testigo de la conducta individual del hombre.

Río Piedras, Puerto Rico
6 de febrero de 1964

JOSE L. JANER

LA EXPLOSION POBLACIONAL: NATURALEZA E IMPLICACIONES DE UNA GRAVE AMENAZA CONTEMPORANEA

por

José L. Janer 1/

1. Génesis de la Amenaza

A pesar de haber sido dotado de una inteligencia superior, con todas las potencialidades necesarias para ello, el hombre, hasta el presente, ha sido incapaz de modificar su destino lo suficientemente para liberarse de la angustiosa preocupación que le produce su conciencia de una vida dominada aún por esa llamada ley "de la selva", o de la supervivencia del más apto, que algunas sociedades modernas, con pretensiones de perpetuarla, han preferido denominar eufemísticamente con otros nombres más encubridores de su verdadera naturaleza. Como consecuencia de este fracaso puede decirse, sin temor a incurrir en exageración, que el hombre, no obstante haber logrado evolucionar considerablemente en muchos aspectos, no ha podido superar aún los obstáculos que tienden a impedir una diferenciación racional y definitiva entre su modo de vida y el de las demás formas vivientes clasificadas por él mismo como inferiores.

Desde que hiciera su aparición sobre la tierra, alrededor de 200,000 años atrás según los cálculos más conservadores, su vida ha sido una de incesante lucha por sobrevivir y procurarse su felicidad y bienestar. Ya esto lo había reconocido el propio Aristóteles al decir, hace ya alrededor de 23 siglos,

1/ - Aficionado a la demografía.

que "el fin supremo del hombre es la felicidad." ^{1/} Pero tal parece que con cada paso que da en su proceso civilizador el hombre aleja más la esquiva materialización de ese objetivo que tan fácilmente derivaría de una sabia aplicación de todas las potencialidades en él latentes y de cuya posesión ha estado lo suficientemente consciente para haberse identificado a sí mismo como la imagen y semejanza de un Dios, omnipotente, omnisciente y de infinita bondad.*

^{1/} - Aristóteles - "Moral a Nicómaco". Capítulo II, pág. 32. Quinta Edición, Espasa-Calpe Mexicana, S. A., México, 1962.

* - En realidad, mi opinión personal es que ese Dios que el hombre ha descrito como omnipotente, omnisciente e infinitamente bueno y del cual se ha proclamado a la vez su imagen y semejanza, no es más que una creación de su inteligencia bajo el estímulo de la ansiedad producida en él por las grandes y angustiosas interrogantes planteadas por el tránsito fugaz y enigmático de su existencia y por los marcados contrastes de su conducta tanto individual como colectiva. Es decir que -- sin negar con ello la existencia de un Dios verdadero -- ha sido el hombre quien ha estado creando dioses a su imagen y semejanza y no lo contrario. Esto lo ha estado haciendo a través de toda su existencia histórica. Y si nos tomáramos el trabajo de ordenarlos cronológicamente tal vez advertiríamos en ellos un reflejo del proceso evolutivo del cual son resultados las más adelantadas de las civilizaciones contemporáneas. Es decir, que las características distintivas de estos dioses parecen haber evolucionado también más o menos en la misma medida en que el hombre lo ha hecho. Consecuentemente, han mantenido siempre rasgos de identificación con éste en casi todos los aspectos, salvo en los ilimitados poderes sobrenaturales (omnipotencia) que por obvias razones ha habido que reconocerles casi como único rasgo diferenciador. De ahí la incompatibilidad manifiesta entre algunos de sus más importantes atributos y sus supuestos patrones de comportamiento y acción. Por ejemplo, su infinita bondad y omnisciencia, por no decir también su omnipotencia, resultan inconcebibles frente a su bien reconocida sed de venganza, o al grosero sadismo de sus llamadas "pruebas", o a la evidente crueldad e injusticia de muchos de los castigos que se les achacan; su menosprecio de lo material y su exaltación de lo espiritual, de la pobreza y de la humildad, contrastan brutalmente con su reconocida soberbia y con el trato de adulona preferencia que evidentemente reservan para ricos y poderosos sin importar como hayan alcanzado su riqueza y su poder. Por eso, el hombre nunca ha vacilado en invocar su ayuda tanto para asegurar el éxito de sus más nobles empeños como el de sus más viles acciones.

(continúa en la siguiente página)

Para determinar cuál ha sido la causa que ha impedido al hombre, hasta el presente, cosechar el fruto óptimo de sus extraordinarias potencialidades, y por el contrario lo ha colocado ya tan peligrosamente cerca de su exterminio, resulta conveniente estudiar primero las diferentes amenazas que han hostigado su existencia desde el mismo momento en que hiciera su aparición sobre la tierra. Si comenzáramos haciendo una clasificación de estas amenazas basándonos estrictamente en su origen y esencia, encontraríamos que todas podrían acomodarse fácilmente en dos grandes grupos, que son los siguientes:

- 1) el ~~de las~~ de las de origen claramente ajeno a la propia naturaleza humana, y
- 2) el de las generadas exclusivamente por ésta.

Hecha esta clasificación, rápidamente advertiríamos que hasta el presente el hombre ha dedicado sus mayores esfuerzos al estudio y dominio de las amenazas comprendidas en el primer grupo, o sea las de origen extraño a su naturaleza humana. En consecuencia, ha sido en su lucha contra estas amenazas que ha conquistado sus más espectaculares y resonantes triunfos. Pero desgraciadamente, y en gran parte por no haber dedicado igual atención a las del segundo grupo los resultados accesorios de su proceso triunfal sobre la naturaleza externa a él, han ido produciendo, gradualmente primero y vertiginosamente después, una espantosa magnificación y proliferación de las amenazas a su vida y bienestar generadas por él mismo. Como

En resumen, los dioses que el hombre ha creado revelan las mismas debilidades de éste, y la misma pugna entre sus más bestiales y primitivos instintos y las más nobles y sublimes potencialidades de su inteligencia; entre el egoísmo que inequívocamente lo eslabona a los animales inferiores - pero que para sus semejantes aún resulta de mucho mayor peligro que el de estos por el refuerzo de una inteligencia superior - y el inteligente altruísmo que a veces eleva sus acciones a planos de la más sublime e indiscutible superioridad.

consecuencia, puede decirse que el hombre no ha logrado librarse del temor a sus semejantes en la misma medida en que se ha librado del temor a los riesgos ajenos a su propia naturaleza. Y el peligro que para él representan sus propios semejantes más bien se ha ido acrecentando con los productos accesorios del tipo de desarrollo que ha mantenido hasta ahora su proceso civilizador.*

De entre todas estas amenazas que el hombre mismo se ha creado como resultado de haber dedicado su inteligencia e interés mayormente al estudio y comprensión de los fenómenos extraños a su naturaleza humana, hay dos que por la extrema gravedad que revisten angustian profundamente a todos los conocedores de su existencia. Ambas amenazas son de naturaleza explosiva y de origen fundamentalmente humano. Pero una puede considerarse

* - La mejor evidencia de esta realidad tiene que estar aún bien fresca en la memoria de todo hombre contemporáneo de sensibilidad. La hizo más dolorosa el hecho de haberla protagonizado, paradójicamente, el pueblo que en esos momentos históricos reclamaba la admiración y el respeto del mundo entero por los logros de su cultura e inteligencia. Nos referimos al pueblo alemán bajo el liderato de Adolfo Hitler. Este pueblo utilizó el apoyo de su cultura y de su inteligencia para desencadenar la más horripilante barbarie que se haya registrado en cualquier tiempo en la historia de la humanidad. Barbarie ésta que a más de uno de esos hombres de sensibilidad ha hecho avergonzarse de su condición humana. Y para hacer más dolorosa esta experiencia, el resto del mundo civilizado mantuvo una actitud de pasivo espectador y a veces hasta de activo colaborador de las más tremendas atrocidades cometidas por el nazismo alemán hasta el preciso momento en que Hitler se decidió por fin a atacarlos.

Otra evidencia diariamente comprobable la constituye el manifiesto desprecio a la vida humana y a las leyes y reglamentos vigentes, que aún los más instruidos automovilistas demuestran al conducir sus vehículos convirtiendo con esta conducta a tan útiles artefactos mecánicos en una grave amenaza para la seguridad y el bienestar de los individuos.

en más de un aspecto la antítesis de la otra. Veamos cuáles son estas amenazas y en qué se diferencian.

La primera y, para muchos la de más inmediata urgencia, es la amenaza de un conflicto termonuclear. Tan trágica posibilidad la ha creado el hombre bajo el estímulo de los propósitos más perversos, arrancándole al universo, con su inteligencia, los secretos de la estructura y dinámica de su materia prima. Hazaña ésta, de la inteligencia humana, que solo hace más imperdonable en el hombre la prolongación de esa ignorancia e inmadurez sociológica que tanto ha contribuido a convertir este logro en arma de destrucción definitiva y de exterminio, cuando debió haber sido una de sus más hermosas conquistas en la persecución de su felicidad y bienestar. Esta amenaza, por diversas razones que derivan de los mismos hechos que la engendraron, es bien conocida por todo el mundo: por el hombre culto y por el ignorante; por el hombre del campo y por el de la ciudad; por adultos y niños, etc. Su conocimiento ha llegado a todos los rincones de la tierra a través de todos los medios de comunicación existentes, y como sus efectos espectacularmente súbitos y devastadores han sido ya brutalmente ensayados ante los ojos horrorizados del mundo civilizado, la humanidad entera se halla aterrorizada por la más plena conciencia de su presencia y magnitud.

Contrario a la primera, la segunda amenaza no ha tenido tan efectivas y espectaculares demostraciones de su seriedad y por tal razón tan solo parece angustiar al hombre civilizado contemporáneo mejor educado y de formación humanística. Se le ha bautizado con el nombre de "explosión

poblacional", y es la que constituye el objeto principal de esta discusión. Aunque aparentemente no reviste la gravedad inmediata o urgencia de la anterior, ni son sus efectos tan súbitamente espectaculares, definitivos y fatales, incurriríamos en el más grave de los errores si menospreciáramos la importancia de su impacto. De hecho, es preciso admitir que muchos de los más respetables talentos contemporáneos la consideran como aún más urgente y crítica que la primera y se asombran de que sea la que menos atención está recibiendo del hombre. Para muchos esto parecerá una burda exageración. Pero una mejor comprensión de lo acertado de este criterio puede lograrse si tenemos en cuenta que la universal conciencia que se ha conseguido crear sobre los espantosos efectos de un conflicto termonuclear ha actuado hasta el momento como un efectivo agente disuasivo de su uso como recurso para dirimir las contiendas políticas, económicas o de hegemonía mundial entre las potencias que lo poseen. Por el contrario, como no se ha creado una similar conciencia colectiva de la amenaza que representa la explosión poblacional, ni de la grave responsabilidad individual y colectiva que entraña para el hombre el ejercicio de su facultad de crear nuevas vidas humanas, existe el creciente peligro de que ello contribuya gradualmente a producir cambios en las condiciones que hasta la fecha han impedido el recurrir a una guerra termonuclear eliminando así los factores disuasivos que hasta ahora han impedido su ocurrencia. En otras palabras, según estos respetables intelectuales la "explosión poblacional" no es tan solo de por sí, una gravísima amenaza al bienestar y al porvenir de toda la humanidad, sino que por su manera insidiosa de actuar podría además

llegar a constituir la mecha o detonador que encendiera ese temido conflicto termonuclear, catalizando procesos capaces de producir las condiciones que fácilmente podrían arrastrar a las naciones más ambiciosas y poderosas a jugarse esa última carta.

Tan importante implicación de la "explosión poblacional" quizás se aclare mejor a través de una descripción de lo que ella realmente significa y representa.

2. Naturaleza de la "Explosión Poblacional"

Llámase "explosión poblacional" a la súbita expansión numérica de la población mundial con que amenazan los considerables aumentos recientemente registrados en las respectivas tasas de crecimiento natural o biológico, o sea natalidad menos mortalidad, de casi todos los pueblos del mundo. Ello ha obedecido a las drásticas reducciones en mortalidad que han ocurrido en ellos sin haber sido paralela o subsiguientemente acompañadas por reducciones similares en la natalidad. Estas reducciones han sido mayormente el resultado de una efectiva aplicación de acciones exitosas, generalmente de bajo costo, desarrolladas por unas pocas personas de cultivada inteligencia en su esfuerzo por controlar aquellos riesgos generalmente ajenos a la propia naturaleza de los individuos y en una gran medida independientes también de su conducta, o por lo menos, de muy escasa perturbación para ella o para sus patrones culturales. La resistencia de la natalidad a acompañar a la mortalidad en este descenso, para una rápida restitución del perdido equilibrio biológico entre ambos fenómenos a niveles más saludables y deseables, puede explicarse en términos de la propia naturaleza del proceso

reproductivo. Contrario a lo que hemos dicho respecto a las reducciones en mortalidad, las reducciones en natalidad deben considerarse casi siempre como consecuencia de cambios en los patrones de conducta personal generados por motivaciones cuyo origen debe buscarse en la propia personalidad e idiosincrasia de cada individuo. Estas motivaciones mayormente se originan en ellos como resultado de los mismos estímulos que los impulsan en la persecución de su plenitud a través del desarrollo adecuado de sus más humanas potencialidades. Quien quiera ejercitar su mente un poco podrá darse cuenta de que esta realidad constituye una de las más ingeniosas trampas colocadas por la propia naturaleza para eventualmente detener al hombre en su egoísta empeño de continuar explotando a sus semejantes indefinidamente. Tal parece que la propia naturaleza anticipó el uso abusivo que el hombre iba a hacer de su inteligencia y se dispuso a ponerle un buen freno a ello.

De manera que puede decirse que la brecha abierta por el hombre en el equilibrio que existía entre su reproducción y su mortalidad es una consecuencia lógica de la aplicación práctica de los resultados de un desarrollo fragmentado o parcial y del uso abusivo de sus potencialidades intelectuales. Ello ha impedido el restablecimiento rápido de este equilibrio a los niveles de baja mortalidad que ya se han logrado, y como resultado de ello el curso casi estacionario o de leve aumento que hasta hace relativamente poco mantuvo el ritmo de crecimiento poblacional del mundo (natalidad menos mortalidad) se ha visto significativamente perturbado.

Un breve análisis de lo ocurrido quizás ayude a comprender mejor su significado e importancia. Estiman los expertos que al comienzo de la era cristiana, o sea unos 2,000 años atrás, la población total del mundo era de alrededor de 250 millones de habitantes. Aceptando el cálculo más conservador de todos los que se han hecho sobre el tiempo que lleva el hombre habitando la tierra, o sea unos 200,000 años, se puede determinar muy fácilmente que de haberse iniciado la vida humana con una sola pareja, los 250 millones de descendientes que de ella habfan ya para la época de Jesucristo constituían el fruto de un ritmo de crecimiento poblacional promedio anual de tan solo 9 centésimas del 1 por ciento (0.09%). De quedar demostrado que este período fue mucho mayor de 200,000 años, cosa muy probable; o que en lugar de haberse iniciado, la vida humana con una sola pareja se inició simultáneamente con múltiples de ellas, cosa también bastante probable, esta tasa promedio de crecimiento anual resultaría todavía mucho más baja.

Ya para el siglo entre 1650 y 1750 de nuestra era cristiana este ritmo promedio de crecimiento anual había aumentado a 3 décimas del 1 por ciento (0.30%). Pero no es hasta la década entre 1930 y 1940, que logra alcanzar el 1%. Más recientemente aún, en los comienzos de la presente década 1960-70 se duplica y alcanza el 2%.

Estos porcentos, equivalentes a los tipos de interés compuesto con que todos estamos bien familiarizados, podrán parecer insignificantes a los ojos avaros de cualquier prestamista. Sin embargo, un sencillo ejemplo de su sostenido efecto en términos poblacionales borrarán inmediatamente esa impresión.

Veámos. Supongamos que la vida humana comenzara tan solo hace 5,000 años en vez de en una fecha muchísimo más remota como nos obligarían a reconocer los conocimientos ya acumulados sobre la materia. Es decir, vamos a fijar arbitrariamente la aparición de vida humana sobre la tierra para una fecha que realmente lo que marca es el comienzo del llamado período histórico del hombre. Supongamos también que el ritmo de crecimiento poblacional se mantuviera constante en tan solo el uno por ciento (1%) anual a través de todos esos cinco mil años. ¿Qué habría sucedido si la vida humana se hubiese iniciado con tan solo cincuenta parejas aumentando a este ritmo? Sencillamente, habría ocurrido lo siguiente:

Primero: los 3,000 millones de habitantes que actualmente tiene el mundo se habrían alcanzado en poco menos de 1300 años, o sea, hace unos 3200 años, o lo que es lo mismo, allá para el año 1200 antes de Jesucristo.

Segundo: en los 3,200 años restantes hasta completar los 5000 abarcados por el período y situarnos en la actualidad, la población mundial habría crecido de tal manera como consecuencia de ese ritmo de un uno por ciento anual (1%), que para poder acomodarla sin tirarla al mar, hubiese habido que colocar sobre cada pie cuadrado de superficie terrestre una columna de 2,700 millones de habitantes. En otras palabras, sobre ese pequenísimo espacio de tierra que apenas si puede acomodar parado a un individuo, habría habido que acomodar casi tanta gente como la que tiene el mundo en estos precisos momentos. Y debemos advertir aquí que la superficie terrestre de nuestro planeta es de nada menos que mil

quinientos millones de millones ($1.5 \times 10^{15} = 1,500,000,000,000,000$) de pies cuadrados.

Demás está advertir que este no es más que un simple ejercicio de aritmética elemental de fácil comprobación para cualquier persona que recuerde cómo manejar la fórmula corriente de interés compuesto. *

* - La adaptación que aplicaría en este caso, sería la siguiente:

$$P_x = P_0 (1 + r)^x$$

donde:

P_0 = población inicial

P_x = población a los x años

r = tasa de aumento anual

x = años entre fecha base y la del estimado

En el caso particular que nos preocupa, de una población de cincuenta parejas (o sea de 100 personas) aumentando al 1% anual, la fórmula se aplicaría de la siguiente manera:

a) Para determinar su tamaño al finalizar el primer año, tendríamos que: $P_0 = 100$, $P_x = P_1$, $(1 + r) = 1.01$, $x = 1$.

Por lo tanto, la fórmula a usar en este caso sería:

$$P_1 = 100(1.01) = 101$$

b) El segundo año habría crecido a:

$$P_2 = 100(1.01)^2 = 102$$

o también, usando a P_1 en vez de P_0 como población inicial:

$$P_2 = 101(1.01) = 102$$

c) De esta manera, el crecimiento en 5000 años quedaría expresado por:

$$\begin{aligned} P_{5000} &= 100(1.01)^{5000} = 405,676,000,000,000,000,000,000 \\ &= 4.0567 \times 10^{23} \end{aligned}$$

Aunque los propósitos de este cálculo no pretenden ser predictivos ni cosa que se parezca, queda claramente demostrado lo materialmente imposible que resulta el prolongado sostenimiento de tasas de crecimiento poblacional de la magnitud de las que actualmente prevalecen en el mundo. Esto significa que el hombre contemporáneo encara la grave responsabilidad de aplicar su inteligencia prontamente al más cuidadoso estudio de las alternativas que esta situación plantea y de sus correspondientes implicaciones para así, sobre la base de esos conocimientos, poder utilizar sabiamente esa facultad privativa del ser humano de poder controlar su destino en una gran medida, evitando de esta manera el dejarlo enteramente en las peligrosas manos de un caprichoso azar como es el caso de los animales inferiores.

De permanecer indiferentes a esta fácilmente comprobable realidad demográfica, aún suponiendo que el ritmo de crecimiento poblacional se detenga en su tendencia ascendente y se estacione en un nivel del 2% anual, tendríamos que encarar un aumento de 3, 000 millones de habitantes, o sea, una duplicación de la población actual en los próximos 35 años; de 3, 000 millones más en los siguientes 20 años; 3, 000 millones más en los otros 14 años, y así sucesivamente. A este ritmo, en alrededor de un siglo la población actual se habría multiplicado ya unas 8 veces. Es decir, que para el año 2064, los 3, 000 millones de habitantes que hoy tiene la tierra, se habrían convertido en 24, 000 millones.

Pero la realidad es todavía mucho más grave, ya que todas las circunstancias señalan hacia una probable aceleración de la actual tendencia

de aumento de este ritmo de crecimiento en el futuro inmediato.* Contribuirían a ello, por un lado, las sustanciales reducciones en los riesgos de mortalidad que más que posibles, resultan ahora casi seguras y próximas, y precisamente en las áreas del mundo ya agobiadas por graves presiones demográficas. Por otro lado, contribuiría igualmente la persistente resistencia de la natalidad en esas áreas a descender. En una gran medida ésta es la consecuencia no tan solo de la miseria e ignorancia de sus habitantes, sino del temor de sus gobiernos a la influencia de poderosos grupos de presión, la mayor de las veces minoritarios, e irónicamente constituidos con frecuencia, por personas de relativa solvencia económica, escasa prole y muy evidente hipocresía. La obstinada y efectiva objeción de estos grupos, junto a la falta de valor y verdadera estatura de los gobiernos que de esa manera eluden tan seria responsabilidad explícita o implícitamente descargada en ellos, han obstaculizado seriamente y con peligrosa efectividad hasta el presente, la humanización que tanto urge del proceso reproductivo para rescatarlo de la cruel, y a menudo criminal animalidad que aún lo regula en esos ignorantes, empobrecidos y muy explotados sectores que, vergonzosamente para una civilización que tanto presume de cristiana, constituyen aún en estos momentos más de las dos terceras partes de la población total del mundo. El desarrollo de una clara conciencia de la grave responsabilidad que para los participantes del acto sexual representa el ejercitar

* - De hecho, en el Boletín Mensual de Estadísticas de las Naciones Unidas correspondiente al mes de enero de 1964, se informa que la población mundial creció entre 1961 y 1962 de 3,069 a 3,105 millones de habitantes, lo que equivale a un ritmo de aumento anual de 2.6% e implica una capacidad de duplicación cada 25 años aproximadamente.

la función reproductiva para la creación de una vida sin poder obtener primero el consentimiento de ésta, nunca podrá rebajar este proceso. Por el contrario, lo enaltecerá grandemente al elevarlo muy por encima del plano de amoral animalidad en que algunos pretenden mantenerlo indefinidamente.

Solamente el día en que la inmensa mayoría de la humanidad haya logrado imprimir a su conducta reproductiva toda la seria responsabilidad que amerita la creación de una vida y este importantísimo suceso deje de ser el mero accidente de un rato de placer, o la consecuencia inevitable de la satisfacción de una potente necesidad fisiológica del hombre, habrá quedado definitivamente conjurada la amenaza de una explosión poblacional. A la vez, se habrán sentado con ello las más sólidas bases para la edificación de una civilización que haga verdadero honor a las más nobles y elevadas potencialidades del ser humano. Solo ese día y no antes habrá logrado el hombre colocar la vida humana en el pináculo de su escala de valores, que es el sitio que en justicia le corresponderá ocupar cuando el hombre llegue a ser verdaderamente hombre y su inteligente altruismo alcance pleno dominio sobre el egoísmo animal que hasta ahora ha logrado tan efectivamente obstaculizar su más cabal realización. Solamente ese día podrá la sociedad humana buscar su principal apoyo y fortaleza en la más consciente e inquebrantable devoción de sus miembros a los principios de una verdadera justicia social.

3. Obstáculos en la confrontación de la explosión poblacional.

a. Creencia de que la población es siempre, y de por sí, riqueza.

Entre los que obstaculizan la adopción de las urgentes acciones que reclaman las actuales condiciones poblacionales en muchas partes del mundo, hay un número de personas que actúan con indudable sinceridad en la convicción equivocada de que toda población es de por sí riqueza. No hay duda de que esta debe haber sido una realidad casi axiomática en las sociedades humanas más primitivas que marcaron los comienzos del proceso evolutivo que ha producido las complejas sociedades industriales modernas. Pero resulta fácil hoy día encontrar excelentes razones para pensar que en el curso de este proceso esa equivalencia tan absoluta entre población y riqueza fue perdiendo vigencia rápidamente. Ello se debe a que ese proceso civilizador ha ido imponiendo cada día mayores requisitos a la productividad de los individuos y ésto, necesariamente, se ha ido traduciendo en crecientes exigencias de aptitud y capacitación cuyo efecto se manifiesta limitando la proporción de miembros aptos para la producción tanto más cuanto mayor sea el grado de desarrollo alcanzado por la sociedad a que pertenecen. En otras palabras, en las sociedades industriales modernas se le va haciendo cada día más difícil a sus miembros incorporarse a las fuerzas productivas debido a que los requisitos de aptitud natural y capacitación se van haciendo mayores y el proceso de aprendizaje para la producción se va tornando gradualmente más prolongado, difícil y costoso.

Puede verse, por lo tanto, que la falla principal del enfoque que de tan importante asunto hacen esas bien intencionadas personas consiste en identificar las poblaciones humanas con riqueza en términos absolutos, cuando la realidad fácilmente comprobable es que el ser humano es tan solo un potencial de ella que para su producción necesita primero adiestrarse debidamente mediante el desarrollo apropiado de sus cualidades físicas e intelectuales.

Pero esto no es todo. Hay que advertir además, y muy enfáticamente, que esta capacitación ni ha podido ni ha pretendido llegar a facultar al hombre para crear riqueza de la nada, a la manera de un dios o semi-dios. Ella se ha limitado, por muy obvias razones, exclusivamente a adiestrarlo en la realización de procesos o tareas capaces de transformar en útiles para él cosas aparente o relativamente inútiles. Y es el producto de estas transformaciones, a las que el hombre sirvió de instrumento, lo que realmente constituye la riqueza con que con frecuencia se pretende identificarle. Por lo tanto, la capacitación física e intelectual del hombre para la producción de riqueza, tanto material como espiritual, podría resultar completamente estéril a la postre, si no se viera acompañada de la disponibilidad de los recursos necesarios para poder hacer las correspondientes transformaciones, es decir: materia prima y espacio. Solamente bien provisto de estos recursos es que el hombre capacitado ha logrado dar adecuada expresión a sus más excelsas aptitudes artísticas y a la vez desarrollar las más modernas sociedades industriales cuya existencia depende cada día más de una mayor cantidad y variedad de materia prima y del uso de equipo cada vez más complejo y sofisticado, incapaz de ser manejado por individuos carentes del debido adiestramiento para ello.

Por eso, una de las más grandes preocupaciones actuales en estas sociedades es cómo bregar con el problema del desempleo, ya de por sí muy serio, y que habrá de irse intensificando a un ritmo acelerado como consecuencia del desplazamiento de trabajadores producido por la creciente utilización de máquinas para la realización de tareas que antes se encomendaban enteramente al hombre. Pero la preocupación es todavía mayor debido a que cada día habrá una mayor proporción entre estos desempleados por desplazamiento que a la vez resulten inempleables debido a una economía cada vez más dominada por el automatismo y más exigente en cuanto a los requisitos de capacitación. Es decir, que ya se está perfilando para un futuro mucho más cercano de lo que uno se hubiese podido imaginar tan solo unos pocos años atrás, una sociedad tan automatizada que deje la casi totalidad de su producción en manos de máquinas que únicamente podrán manejar los miembros intelectualmente dotados y debidamente instruidos para comprender bien la complejidad de su construcción, funcionamiento y manejo, y de los genios en la materia que se dediquen a continuar facilitando aún más la producción inventando máquinas adicionales para ello o cuando menos perfeccionando las ya existentes. Si nuestras vidas llegaran a prolongarse lo suficientemente para alcanzar a vivir en esa sociedad que se avecina con mucha más rapidez de lo que muchos quieren admitir, no sería de extrañar que viéramos correr despavoridos a muchos de los más ardientes defensores actuales de la vigencia de una filosofía social basada en la supervivencia de los más aptos, pidiendo urgentemente

de quienes tuvieran la autoridad o facultad para ello su inmediata revocación o cuando menos, su humanitaria revisión, para así poder subsistir en ella.*

Quizás no sea hasta entonces que el hombre finalmente se decida a reexaminar con detenimiento e interés los verdaderos fundamentos de los méritos que se acostumbra a atribuir a los individuos que sin el más mínimo esfuerzo de su parte han sido afortunadamente dotados por la naturaleza de una inteligencia superior cuyo desarrollo además facilitó el ambiente en que el destino los colocara. Así nada más se llegará a comprender por qué estos individuos, fideicomisarios de la naturaleza y del destino, son realmente los más obligados a servir no tan solo a la sociedad en que les hubiera tocado vivir, sino a la humanidad entera. Y así nada más se podrán ver en toda su desnuda fragilidad los argumentos con que a menudo muchos de ellos pretenden justificar una conducta social de despiadada explotación del prójimo.

b. Creencia de que los cambios deseables en los patrones de conducta reproductiva deben dejarse surgir espontáneamente y no estimularse.

Hay quienes pretenden apoyar su posición de repudio a todo intento de confrontación directa con los problemas poblacionales y a toda labor de educación en planificación de la familia en el falaz argumento de que debe

* - Edward Hallet Carr, en su ya clásico estudio sobre "La Nueva Sociedad", nos demuestra cómo, de hecho, ya esto ocurrió durante la gran depresión económica que azotara a los Estados Unidos. Nos dice el autor que fueron precisamente los banqueros, agricultores e industriales los que más ansiosa y desesperadamente acudieron a pedir ayuda a Washington". Es decir, y como señala él más adelante, que fueron los mismos capitalistas quienes poco dispuestos a dejarse aplicar su propia teoría de la eliminación de los menos aptos a través de crisis periódicas, al darse cuenta de que estaban próximos a ser sus víctimas, rogaron al Estado que interviniera para salvarlos mediante la implantación de una economía nacional regulada, cosa ésta que, a juicio de tan distinguido autor, estaba plenamente justificada.

esperarse a que la actitud deseable en la conducta reproductiva de los individuos y la demanda por servicios de orientación y ayuda a estos respectos surja de "abajo para arriba", sin estimularse de "arriba hacia abajo." Tan frágil posición resulta verdaderamente dolorosa, toda vez que implica un claro repudio de la misma esencia del proceso educativo y precisamente por parte de los que han sido sus mayores beneficiarios y en consecuencia los más obligados a defenderlo y aplicarlo. No debía ser necesario, a estas alturas, señalar a semejantes personas que el proceso educativo precisamente consiste en hacer llegar a los "de abajo", que son los ignorantes, los conocimientos de los "de arriba", que son los que saben. Y que cuantas veces los objetivos perseguidos a través de su aplicación se han considerado de beneficio para el mayor bienestar de la sociedad en general, o de los individuos en particular, no se ha esperado para la aplicación del proceso educativo la espontánea petición correspondiente de los "de abajo." De hecho, los mayores logros de nuestra civilización pueden atribuirse a "no haber esperado" en la aplicación de estas acciones. Por tales razones, es que continuamente se están perfeccionando los métodos y medios utilizados en ello para así mejorar su efectividad y conseguir impartirle la mayor aceleración posible a las transformaciones de comportamiento individual y colectivo que generalmente constituyen el objetivo principal de todo proceso educativo.

c. Los problemas poblacionales considerados como consecuencia exclusiva de una injusta distribución de la riqueza.

Existen otros sectores de opinión que creen que todos los problemas poblacionales son consecuencia exclusiva de una injusta distribución de la

riqueza y de sus medios de producción. Por lo tanto, afirman ellos, corrigiendo estas injusticias dichos problemas quedarían automáticamente resueltos.

Aunque hay que admitir que este grupo se apoya en argumentos de indudable peso, es posible no obstante, señalar algunos importantes hechos relacionados con ellos que no se deben dejar pasar desapercibidos.

No vamos a perder tiempo teorizando sobre la capacidad máxima de la tierra para el sostenimiento de población. Más debemos recordar, sin embargo, que con todo y representar los tres mil millones (3, 000, 000, 000) de habitantes que actualmente tiene el mundo el resultado de un proceso de crecimiento extremadamente lento -- excepto en los últimos años, como ya se ha demostrado -- más de dos terceras partes de esa población, según los expertos, vive en la mayor miseria, padece de hambre y carece de la preparación necesaria para poder incorporarse a las fuerzas productivas de cualquier sociedad desarrollada moderna.

Para un mundo que no ha podido proporcionar alivio adecuado, y menos aún hacer justicia social, a las dos terceras partes de una población tan lentamente alcanzada y todo ello a pesar de casi dos mil años de intensa inductación cristiana, * precisamente en los países más favorecidos y más llamados a dar el

* - Véase a: Sorokin, Pitirim A. - The Reconstruction of Humanity - The Beacon Press, 1948. Págs. 42-43. En éste, uno de sus más elogiados libros, el distinguido fundador del Departamento de Sociología de la Universidad de Harvard y su director por más de quince años, advierte amargamente sobre el fracaso educativo del Cristianismo al no poder imprimir a sus seguidores patrones de conducta más en consonancia con las hermosas enseñanzas del Sermón de la Montaña. Por el contrario, señala él visiblemente apesadumbrado, durante los últimos siglos ha sido precisamente el sector Cristiano-Occidental de la humanidad el que ha evidenciado mayor beligerancia, agresividad, rapiña y ansia de poder, habiendo invadido, con sus ejércitos seguidos de sacerdotes y mercaderes, todos los demás rincones de la tierra para subyugarlos, robarles y saquearlos.

Y recordemos aquí una vez más que quizás el más desarrollado de todos los pueblos cristianos, Alemania, con la pasiva complicidad de casi todo el resto de sus países hermanos en el Cristianismo, acaba de protagonizar en nuestros tiempos, la página de barbarie más horripilante en toda la historia de la humanidad.

ejemplo, resulta en extremo dudoso que ahora, de súbito, esa humanidad se enmiende y en el corto lapso de los próximos treinta y cinco años -- que es el plazo que al ritmo de crecimiento que hoy lleva habrá de tomarse la población actual del mundo en duplicarse -- sea capaz no tan solo de resolver el de por sí ya gigantesco problema de aliviar las condiciones de miseria de esos dos mil millones (2, 000, 000, 000) de habitantes desafortunados ya existentes sino a la vez acomodar digna y decentemente a los tres mil millones adicionales que en ese corto período se habrán acumulado como consecuencia del ritmo de crecimiento anual prevaleciente de poco más de un dos por ciento (2%) y que continúa aumentando.*

Pero eso no es todo. Debemos recordar además que como las áreas más empobrecidas y explotadas del mundo son las que por obvias razones generalmente acusan los más rápidos ritmos de crecimiento poblacional, esos tres mil millones de habitantes adicionales que casi inexorablemente ha de tener la población mundial para antes de 35 años se distribuirán mayormente entre ellas, agravando así aún más su ya muy peligrosa e indeseable situación.

De todos modos, si por un milagro pudiera detenerse ese crecimiento y a la vez se hiciera una palpable realidad esa distribución equitativa de la riqueza y de los medios de su producción, cuya cristiana esencia tan ignorada ha sido por muchos de los más fervientes prosélitos del Cristianismo, la parte que correspondería a cada habitante sería tan insignificante que tan altruísta acción tendría por resultado más bien una distribución equitativa de la pobreza, que en muchos casos no resolvería problema alguno de no ir acompañada simultáneamente de un considerable aumento en la productividad, tanto individual como colectiva.

* - Véase nota al calce en la página 13.

4. Creencia de que la solución de los problemas poblacionales solo se puede lograr copiando los patrones económicos y de vida de los Estados Unidos de Norteamérica.

Como abundan, y muy especialmente en Puerto Rico, los individuos plenamente convencidos de que todos los achaques económicos y poblacionales que padecen diversos países del mundo contemporáneo se resolverían rápidamente adoptando el sistema económico, político y de vida norteamericana, o "the American way of life", como muchos le llaman con exagerada reverencia y admiración, consideramos conveniente hacer aquí algunos breves pero muy pertinentes comentarios sobre la experiencia económico-demográfica de los Estados Unidos de Norte América para ver hasta qué punto puede ésta servir de base a tales suposiciones y brindar orientación positiva a los países subdesarrollados y sobrepoblados en sus esfuerzos por mejorar sus condiciones sociales y económicas.

Es de todos conocido que los Estados Unidos de Norteamérica constituyen actualmente la nación más rica, industrializada, tecnológicamente avanzada y poderosa del mundo. A ello han contribuido diversos factores, habiendo sido uno de los más importantes la extrema prodigalidad con que la naturaleza la ha obsequiado. Según el Dr. Preston James, Jefe del Departamento de Geografía de la Universidad de Syracuse, la naturaleza no solo ha colmado a Estados Unidos de todos los recursos que ha necesitado a cada paso de su evolución tecnológica, sino que además, y contrario a lo que ha hecho en muchos otros lugares del mundo, ha colocado estos recursos en los lugares más propicios para su más eficiente explotación y uso. ^{3/} A esto hay

^{3/} - James, Preston - A New Look at Latin America - Entrevista para "U.S. News & World Report" - 8 de julio de 1958, págs. 72-88.

que añadir que aunque la población actual de Estados Unidos ya pasa de 130,000,000 de habitantes, incluyendo Hawaii y Alaska, esta cifra representa una densidad de tan solo unas 50 personas por cada milla cuadrada de superficie terrestre. Esta densidad es un poco menor que la densidad promedio del mundo entero que se calcula en alrededor de 60 personas por milla cuadrada de superficie terrestre, pero es una quintaava parte de la densidad promedio de las islas del Caribe - 235 habitantes por milla cuadrada - y una catorceava parte la de la isla de Puerto Rico, que es en la actualidad de poco más de 700 personas por milla cuadrada. De hecho, si Estados Unidos tuviera la densidad poblacional de Puerto Rico, tendría que acomodar dentro de sus límites territoriales aproximadamente tantos habitantes como el mundo entero tiene hoy en día.

Pero esto no es todo, Estados Unidos alcanzó su densidad poblacional actual muy gradualmente, porque a través de su historia, fue agrandando su territorio sustancialmente según fue creciendo su población. En otras palabras, en Estados Unidos no ocurrió como en tantos otros países y más específicamente como en Puerto Rico y las demás islas del Caribe, donde las altas densidades poblacionales alcanzadas han sido el producto de procesos comparativamente rápidos de saturación poblacional en territorios extremadamente pobres en recursos naturales y sin posibilidades de expansión geográfica alguna. Todas esas condiciones y otras cuantas más que a pesar de su importancia, no mencionaremos para no extendernos demasiado, han contribuido, sin duda alguna, a hacer de los Estados Unidos la rica, poderosa y arrogante*

* - Véase sobre este último particular las sabias advertencias del Hon. William A. Douglas, Juez Asociado de la Corte Suprema de los Estados Unidos en el discurso pronunciado el sábado 25 de julio de 1964 a la matrícula del Centro para el Estudio de las Instituciones Democráticas, en Los Angeles, California.

nación que es hoy en día, con el más alto ingreso per capita o por familia del mundo entero.

Pero como si todas las riquezas prodigadas por la naturaleza dentro de su propio territorio fueran poco para satisfacer las necesidades de la población tan holgadamente contenida en él, esta rica y poderosa nación se ha visto obligada a rebasar los límites de su autosuficiencia económica y a hacerse cada vez más y más dependiente de los recursos de otras naciones para poder satisfacer los hábitos de consumo que su economía ha generado en su gente.

Esta realidad, ha sido ampliamente reconocida por prominentes ciudadanos de dicha nación. Así, en un artículo que sobre la escasez del dólar escribiera en 1948 para una conocida revista el entonces Secretario de Comercio de los Estados Unidos en la Administración del Presidente Truman, Hon. Charles Sawyer, se expresó de la siguiente manera:

"El capital privado de Estados Unidos está trabajando en muchas partes del mundo ayudando a desarrollar y a aumentar la producción extranjera de cobre, plomo, zinc, estaño, manganeso, petróleo, y hierro. La mayor parte de los norteamericanos nos damos cuenta de que nuestros recursos naturales están limitados y que nuestra maquinaria industrial necesita más de muchos productos, de lo que nosotros podemos producir. Nos confrontamos, por lo tanto, con la necesidad y oportunidad de conservar lo que tenemos utilizando los recursos de otros. Por medio de ellos podríamos poner más dólares en las manos de los compradores extranjeros". 4/

Más tarde, en 1955, el actual gobernador del Estado de Nueva York, el multimillonario Nelson Rockefeller, se manifestó en Washington en los siguientes términos:

"Las industrias norteamericanas cada día dependen más y más de la materia prima del hemisferio occidental. Estas fuentes son indispensables para los Estados Unidos para mantener una producción

4/ - Sawyer, Hon. Charles - Dollar Shortage and Our Need of World Trade. Think. Vol. XIV, No. 11, Nov. 1948, págs. 3-4 (Traducción nuestra).

industrial que actualmente representa más de la mitad de todos los artículos manufacturados en el mundo libre". 5/

Y más recientemente, aún, en octubre de 1957, hablando sobre "El Sistema Económico de Estados Unidos y la Población Mundial" ante el Club de Economía de Chicago, como Senador por Massachusetts, el malogrado Presidente John F. Kennedy, católico, multimillonario y leal ciudadano de esa nación, se expresó de la siguiente manera:

"... la dura verdad de los hechos es que en medio de esta época de abundancia, los niveles de vida de la mayoría de los pueblos están declinando y su pobreza y atraso económico agravándose, mientras su participación numérica en la población mundial aumenta. En la comunidad mundial de las naciones, los ricos se están haciendo más ricos, mientras los pobres se vuelven más pobres. Mientras los Estados Unidos y en una gran medida la Europa industrial también, engordan mayormente amamantándose con la materia prima extraída del resto del mundo, ese resto del mundo sufre un gradual deterioro económico que solamente puede terminar en tragedia tanto para nosotros como para ellos." 6/

Sobre este particular, ya se había expresado claramente en ocasión de la Conferencia Mundial sobre Población efectuada en Roma, Italia, en 1954, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, el distinguido demógrafo francés y católico, de la Orden de los Jesuitas, el Padre Stanislas de Lestapis que actuaba en ella como observador oficial del Vaticano. Advirtió el Padre de Lestapis en esa ocasión que Estados Unidos con sólo el 5% de la población mundial estaba consumiendo el 50% de la materia prima producida por el mundo entero, y que si seguía al ritmo que llevaba, en unos 25 años más, con sólo alrededor de un 9.5% de la población mundial, estaría consumiendo el 80% de esa materia prima. 7/

5/ - Arévalo, J.J. - The Shark and the Sardines. Lyle Stuart, New York, 1931, pág. 150. (Traducción nuestra)

6/ - Maury Marian, Editor. - Birth Rate and Birth Right - Mac Fadden Books. New York, 1963, págs. 77-80. (Traducción nuestra)

7/ - De Lestapis, J.J., Rev. Pere Stanislas - Proceedings of the World Population Conference, 1954. Vol. VI. Meeting No. 20, pág. 786.

Por lo tanto, hay que mantenerse muy alertas contra el grave peligro que representaría para el bienestar de la humanidad el que todos los pueblos subdesarrollados del mundo, en su gran mayoría acosados por la rapidez de aumento de sus ya altas densidades poblacionales, por los relativamente bajos niveles de educación de su gente y por serias limitaciones de espacio y recursos naturales, cayeran en la tentación de seleccionar como patrón para sus aspiraciones de pueblo los niveles de vida y hábitos de consumo característicos de los Estados Unidos de Norteamérica. Este peligro es mucho mayor ahora por la intensa y efectiva propaganda que a estos efectos ha contribuido a desatar la guerra fría.

Pensemos nada más que si esa gran nación, con un territorio tan pródigo en recursos naturales y con una población que se acomoda en él tan holgadamente a razón de unas 50 personas por milla cuadrada, se ha visto obligada a depender crecientemente de los recursos de otros para poder alimentar una economía que aún no ha podido sacar de la miseria a un considerable sector de su gente, que se calcula entre el 20 y 40% de su población total, según el criterio que se use, ¿cómo se las podrán arreglar los relativamente pobres y poblacionalmente saturados territorios que sin poderío militar y económico alguno, pretendan utilizar tardía e impunemente los recursos de otros, aún en un mayor grado que los Estados Unidos, para satisfacer las necesidades impuestas por poblaciones que están en continuo y rápido aumento, y cuyas densidades, ahora mismo alcanzan en muchos sitios magnitudes que representan una multiplicidad de veces la de la rica nación norteamericana y a las que a la vez se les inculcaría hábitos de consumo verdaderamente insaciables?